Sr. Portes.

VENTURA DE LA VEGA II

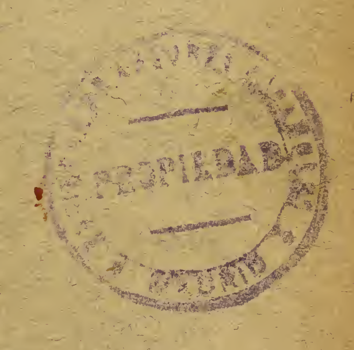
8986

¡El primer aviso!

COMEDIA

en un acto y en prosa, original





Copyright, by Ventura de la Vega, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

26

A mi querido amigo el
reputado 1er actor y director
José Portes, su af.mo

Ventura de la Vega

¡EL PRIMER AVISO!

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¡EL PRIMER AVISO!

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

VENTURA DE LA VEGA

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO ROMEA de Madrid,
el 15 de Noviembre de 1908



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1909

A Pepe Palacios.

Con tanto cariño como tú haces esta comedia, estampo yo tu nombre en la primera página.

Trasmite mi agradecimiento á los demás compañeros y recibe un abrazo de tu amigo

Ventura.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA............................	SRA. VALDIVIA.
CARMEN............................	EZQUERRA.
ANTONIA...........................	RODRÍGUEZ.
FERNANDO..........................	SR. PALACIOS.
AUGUSTO...........................	BENETY.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Gabinete elegantisimo á gusto de la dirección. Puerta al foro y laterales, todas con cortinajes «sin» alzapaños. Es de dia y verano.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA ordenando los muebles del gabinete

¡Jesús, Jesús y Jesús! ¡Pero qué revoltosos son estos señoritos! Cualquiera diría que se tiraban los trastos á la cabeza antes de acostarse, y eso que están recién casaos. ¡Ay, recién casaos! Y el señorito... es guapo... y muy simpático, y le gustan otras tanto ó más que la señorita. En eso hace bien, porque donde está una mujer de mi clase, está la gracia y la alegría y no estas cursilientas que son tan sosas, que to se les vuelve mover los ojos de un lao pa otro. ¡Cuánta tontería! Ahí viene la señorita.

ESCENA II

DICHA y EMILIA primera derecha con una elegante toilette de casa

EMIL. (Sorprendiéndose al ver á Antonia.) (¡Ella! No sé si podré contenerme.)

ANT. Buenos días, señorita.

EMIL. ¡Buenos! (Muy nerviosa.)

677634

ANT. ¿Desea tomar el desayuno la señorita?
EMIL. ¡No! (Pasa á la izquierda y se sienta.)
ANT. Está bien. ¿No desea ninguna cosa la señorita?
EMIL. ¡No! (Pequeña pausa.) ¡Vete! (Medio mutis Antonia.) ¡Ven! (Baja Antonia.) ¡Vete! (El mismo juego.)
ANT. (¡Rediós!)
EMIL. (¡Nada, que no se lo digo!) ¡Antoniaa! (Llamando nerviosa.)
ANT. ¡Señorita! (Idem.)
EMIL. (Levantándose.) Con que tú... tú... Vete, vete... y vete. (Furiosa.)
ANT. (Si estará loca.) (Mutis foro derecha.)

ESCENA III

EMILIA sola

(Llorando.) ¡Dios mío, Dios mío, qué desgraciada soy! No sé cómo he podido contenerme delante de esa infame. Yo no sé cuánto hubiera dado por haber sido en este momento una de esas mujeres ordinarias, para haberla cogido así por el cuello y llevarla arrastrando por toda la casa; pero, claro está; la educación no me lo permite. ¡La educación! (Llama con el timbre.) ¡No sé por qué hemos de tener educación las señoritas! (Vuelve á llamar.) ¿Qué hará ese hombre que no viene? ¡Augusto! ¡Augusto!

ESCENA IV

DICHA y AUGUSTO, criado de cincuenta años; viste frac y calzón corto, media grana. Sale foro derecha

AUG. A las órdenes de la señorita.
EMIL. ¡Ay, por Dios! ¿Cómo ha tardado usted tanto?...
AUG. Habrá sido involuntariamente. Ya sabe la señorita que la tengo gran respeto y cariño, y que mi mayor satisfacción consiste en agradarla.

EMIL. Gracias, Augusto. (Pausa.) Perdóneme usted. (Se sienta.)

AUG. ¿Yo, señorita? (Emocionado.)

EMIL. ¡Tengo mal humor, Augusto!

AUG. En mí tiene la señorita un fiel servidor y puede confiarme sus penas.

EMIL. ¡Fernando... Fernando me engaña!

AUG. ¿Otra vez?

EMIL. ¿Qué dice usted?

AUG. (¡Metí la pata!) He querido decir, si estaba usted segura...

EMIL. Sí: y como siempre, con la criada.

AUG. No lo crea la señorita. El señorito... el señorito es incapaz... (de dejar una quieta). Eso serán malas lenguas que atropellan y destruyen la paz de los matrimonios.

EMIL. Esta mañana recibí una carta de la Tiburcia en la que me da detalles de todo.

AUG. Pues yo creo que lo que debe hacer la señorita es despedir á la Antonia como ha despedido á las otras.

EMIL. Dice usted bien, Augusto. Páguela usted. Que se marche y que yo no vuelva á ver más á esa descarada.

AUG. Está bien. ¿Manda usted otra cosa?

EMIL. No. Retírese usted. (Saluda Augusto y hace medio mutis foro. Al salir ve venir á Fernando por la segunda derecha.)

AUG. Ahí viene el señorito. (Mutis foro.)

ESCENA V

EMILIA y FERNANDO segundo derecha. Es hombre de veintiocho á treinta años. Distinguido y fino, y viste con exagerada elegancia un traje de mañana. Habla con ligero acento andaluz

FERN. ¡Buenos días, mujercita mía!

EMIL. (Muy seria.) ¡Buenos días!

FERN. ¿Qué es eso? ¿Estás mala?

EMIL. ¡No!

FERN. ¡Ah, vamos, sí, criada nueva! Lo de todos los días. ¿Has despedido ya á la Antonia?

EMII. Sí, señor, y como usted no aprenda á guardar á su mujer el decoro debido, me veré precisada á pasarme sin doncella, cosa á lo que no estoy acostumbrada, ó á buscar para mi servicio una *pollita* de ochenta años.

FERN. ¡Pero, señor... qué tonta y qué requetetonta eres! ¿Pasa por tu imaginación que pueda yo rebajarme hasta el extremo de hacerle el amor á una criada? ¡Por Dios, hija mía, por Dios! Yo soy enamorado, pero... no tanto.

EMIL. (Muy nerviosa.) ¿Luego tú mismo confiesas que eres enamorado?

FERN. Claro que sí. ¿A quién no le enamora lo bello? Las grandes pasiones sólo se albergan en grandes corazones, y yo soy un gran corazón. Por eso eres mi mujer. ¡Ya lo sabes!

EMIL. ¿Un gran corazón? (Dudando.) ¡Sigue!

FERN. Un hombre indiferente, ve una mujer hermosa y ni aun detiene su mirada en ella. Un hombre sin pasiones, entra en un jardín y cruza por él como por una carretera. Pasa por entre las flores, sin fijar para nada su atención, sin mirarlas ni olerlas. Las pisa y las arrastra enredadas en el borde de sus pantalones y sale de allí sin encontrar el menor deleite. Un hombre apasionado, entra en un jardín y su vista se recrea en general. Al andar, lo hace cuidadosamente, por la veredita, levantando el pie para no pisar, ni aun á las que ya están caídas. ¡Qué bonita es esa! ¡Qué linda aquella! Y encantado de tanta belleza, acaba uno por decirle al jardinero:—Si no, un ramo, ¿me permite usted que me lleve una?—Como en el jardín del amor, flores son las mujeres, que recrean la vista y perfuman el alma; me presentaron en tu casa, y al verte rodeada de tus hermanas, tan lindas como tú, la llama del amor se encendió en mi pecho, y completamente apasionado, le dije á tu madre como al jardinero: ¿Me permite usted que me lleve una? (Pausa.)

EMIL. ¡No me contentas con tus zalamerías!

FERN. Lo que yo no quiero es que me atormentes con tus celos, no por lo que yo sufra, sino por lo que puedas sufrir tú. Igual que yo sentí al verte la llama del amor la han de sentir todos cuantos te vean, y yo... yo no te atormento con mis celos. Sería ofenderte y ofenderme yo.

EMIL. (Sollozando.) Es que tú no tienes para ello el menor motivo, y yo... tengo muchos.

FERN. Nada, nada, falso, completamente falso.

EMIL. ¿Completamente falso?

FERN. Completamente falso.

EMIL. Ven aquí y mírame cara á cara.

FERN. (Toca el timbre y dice con gravedad cómica.) Antes he de tomar fuerzas. Estos juicios de faltas requieren seguridad en el estómago.

ESCENA VI

DICHOS y AUGUSTO foro

AUG. Señor.

FERN. El desayuno.

AUG. ¿Qué le sirvo al señor?

FERN. Una taza de te.

AUG. En seguida. (Mutis foro.)

FERN. Vaya, ya estoy aquí y mirándote cara á cara. ¿Qué ocurre? (Se sienta frente á frente á Emilia. Esta le enseña una medalla que lleva pendiente del cuello con una cadenita.)

EMIL. ¿Jura usted por la santa Virgen del Carmen decir verdad? ¡Besa!

FERN. (Besando la medalla.) Beso, pero no juro. Yo digo la verdad siempre, sin necesidad de juramentos. Eso es de gitanos. Las personas honradas no juran: les basta su palabra. Además, yo puedo jurar y decir que sí con la boca y con el pié que no. ¿Lo ves? ¡Sí! (Fernando apoya el tacón y mueve el pie como diciendo «no».)

EMIL. Está bien. No me parece mal. ¿Por qué se fué Eulalia, la primera criada?

FERN. ¡Qué sé yo! Se fué... porque se fué.

EMIL. Mala memoria tienes. ¡Se fué porque le tiraste un pellizco!

FERN. ¿Yo? No me acuerdo. ¡Ah, sí, en la cocina!

EMIL. No: en el... en el comedor. ¿Y Dorotea?

FERN. Dorotea se fué porque no supo apreciar esta casa, que yo bien le decía... no te vayas, tonta, no te vayas y verás qué bien lo vamos á pasar.

EMIL. ¡Fernando!

FERN. Refiriéndome á la tranquilidad moral!

EMIL. ¿Y Sebastiana?

FERN. ¿Sebastiana? ¡Ah, sí! Sor María de la Piedad. Francisca Caraciolo, como yo la llamaba. ¿Pero no te acuerdas que se metió en un convento?

EMIL. Bueno, esa sí. ¿Y á Juana, no le diste lo lo menos tres abrazos y el último casi en mis barbas?

FERN. (Con seriedad.) En primer lugar no fueron tres abrazos. No fué nada más que uno, y eso fué porque ella misma me dijo que tenía que darle á su novio un abrazo y no sabía y yo le dije: «pues no te apures, tonta, que yo te enseñaré». Eso lo manda la Santa Madre Iglesia, ¡enseñar al que no sabe! (Se levantan.)

EMIL Qué razón tenía mi pobrecita madre, cuando me decía: «Hija mía, si yo me muero no te cases nunca».

FERN. ¿Tú mamá decía eso?

EMIL. ¡Pobrecita mía, qué buena era! (Llora.)

FERN. En eso sí que no hay más remedio que confesar la verdad. ¡Si fueran así todas las suegras bendecirían todos los yernos su memoria, como lo hago yo!

EMIL. ¡Qué buena fué para tí! (Afligida.)

FERN. Buenísima. ¡Conmigo no pudo portarse mejor! (Se murió. Dios se lo pague.)

EMIL. Y tú fuiste tan bueno que no quisiste casarte hasta cumplir el año de su fallecimiento.

FERN. Justamente.

EMIL. Para guardarle ese respeto.

FERN. ¡Y para convencerme de que estaba muerta! (¡Uy!)

EMIL. ¿Qué dices?

FERN. Nada, hija, nada. ¡Tonterías!

EMIL. Fernando, Fernando, tú dices muchas tonterías cuando hablas conmigo.

FERN. Porque me atonto viéndote. ¡Ya lo sabes tú! Estoy á tu lado y como no pienso más que en tí, en la compañera de mi vida, en aquella flor que yo escogí para estar siempre deleitándome con sus encantos y extasiándome con él... (Emilia llora.) ¿Pero qué es eso? ¿Lloras? ¿Lloras cuando te expreso mi cariño? Vamos, eso sí que me parece mucho más tonto que decir tonterías.

EMIL. Lloro, sí. Lloro, porque me suenan tus palabras de una manera tan dulce y armoniosa que me siento trasportada á otras regiones más grandes y etéreas y veo en torno mío muchas flores, mucho cielo, mucha luz y muchas mujeres hermosas, fantásticamente vestidas, llevando á sus hijitos de la mano y cuando me ven aquellas criaturitas, vienen todas corriendo hacia mí con sus caritas de ángeles y me besan con infinito amor, mirando á sus madres que todas se sonríen agradeciendo aún más que yo las caricias que sus hijos me hicieron, y todas ellas murmuran por lo bajo: «También tú gozarás de estos encantos». Pero como todo esto es solamente un éxtasis de delicias inefables que sólo lo produce y perdura el amor cuando efectivamente es verdadero y tus palabras son completamente falsas; cuando más grande es mi emoción y más inmensa es mi alegría, veo aparecer tu figura persiguiendo á otras mujeres y lo mismo que yo te ven aquellas madres, que, aterradas, llaman á sus hijos y huyen despavoridas. Los niños corren hacia ellas convirtiéndose en ángeles y madres é hijos, hechos un pelotón informe, suben á los cielos transformados en nubecillas de colores, y todo aquel cuadro de felicidad y de alegría lo borran las tinieblas de la noche. ¿Y no quieres que llore? Déjame, déjame llorar que es lo menos que puedo yo hacer al escucharte. (Emi-

lia, que habrá puesto todo su corazón en el parlamento anterior, lo termina completamente ahogada por el llanto. A Fernando también le hacen impresión las palabras de Emilia, pero trata de disimular. Tras una breve pausa, Fernando lo echa á broma para contentar á su mujer.)

FERN. ¡Bueno! ¿Ves tú? Ahora lloro yo. Eso es. ¡Déjame, déjame! No te acerques. ¡Déjame, déjame!

EMIL. No, no: si no me acerco. Eso quisieras tú. (Sollozando.)

FERN. ¿No? Pues continúo llorando.

EMIL. No te canses. Las lágrimas son las flores del árbol del corazón. Donde no existe *planta*, no existe *flor*. ¡Tú... no puedes llorar! (Pausa.)

FERN. (Con gravedad cómica, mirando á hurtadillas á Emilia.) ¡Está bien! ¿De manera que yo no tengo corazón? ¿Yo infundo miedo? ¿Me ven las madres y llaman asustadas á sus hijos para huir de mí como si fuera el coco? ¡Está bien! No necesito saber más. (Pausa.) No me queda más remedio... que tomar una resolución... que tendrá que ser dolorosa .. pero que tendrá que ser... por dolorosa que sea. (Finge llorar.) ¡Yo aquí no soy nadie! Ni mi mujer me quiere... ni.. (Sube al foro y coge el sombrero.) ni... ¡No hay más remedio! (Fingiendo llorar.) ¡Adiós!

EMIL. (¡Dios mío! ¿se va?) (Muy triste.)

FERN. ¡Me voy!

EMIL. (¡No, eso sí que no!)

FERN. (Bajando al proscenio.) Pero antes de marchar quisiera merecer un favor de *usted.*

EMIL. (Dios mío, ya me habla de usted.)

FERN. Quisiera que me permitiera usted besar... (Emilia hace un movimiento negativo.) besar su frente en señal de despedida. (Muy serio.)

EMIL. (Ofendida.) ¿Mi frente? ¡Jamás! ¡En la mano... y gracias!

FERN. Bueno, pues... beso á usted la mano.

EMIL. (Muy natural.) ¡A los pies de usted!

FERN. (Muy enfadado) ¡No admito bromas de nadie!

EMIL. (Con mucha alegría y sin poder resistir más.) ¡Embustero! ¡Trapalón!

FERN. (Loco de amor.) ¡Alma mía!
EMIL. Aquí están los brazos de tu mujercita. (Se abrazan.)

ESCENA VII

DICHOS y AUGUSTO con un servicio de te por el foro izquierda

AUG. (Sale en el momento de abrazarse, tropieza y deja caer el servicio.) ¡Jesús!
EMIL. (Separándose avergonzada.) ¡Ay!
FERN. ¡Demonio!
AUG. (¡María Santísima!) (1).
FERN. (Pausa.) ¿Qué ha sido eso?
AUG. (Con mucha humildad.) ¡Perdón, señor!
FERN. No te asustes, hombre, no te asustes. Eso no tiene nada de particular.
AUG. ¡Tan distraído estaba cuando entré, que... sin querer tropecé y caí! ¡Pero... no he visto nada! En seguida traeré otro servicio.
FERN. No: recoge eso y no traigas nada.
AUG. ¡A sus órdenes! (Recoge los cacharros.) (¡Vaya unas vistas! No digo yo una taza: hasta el chaleco se le cae á uno con estas cosas. (Mutis foro.)

ESCENA VIII

FERNANDO y EMILIA

EMIL. (Pausa.) ¡Menos mal que no nos ha visto!
FERN. ¿Y qué? ¿Tiene algo de particular que se abracen los matrimonios? ¡Lo raro sería que se abrazaran un yerno y una suegra!
EMIL. Pero, hombre, ¿por qué las tienes esa rabia?
FERN. ¡Es lo eterno! ¡Cuando tú lo seas, también te la tendrán á tí!
EMIL. ¿A mí? (Con rubor.) Yo... yo no quiero ser suegra!

---

(1) Augusto.
Fernando Emilia.

FERN. Yo .. en eso... no puedo decirte ni que sí, ni que no. Es la ley de la vida. Dios bendice el matrimonio y ayunta al hombre y la mujer para que se amen... y... y multipliquen su especie. Nos amamos: estamos unidos y benditos de Dios, con que...

EMIL. ¡Sí... pero... pero yo no quiero ser madre!

FERN. Pues, hija... ya...

EMIL. ¡Sí, pero yo no quiero, ea!

FERN. ¡Bueno, pues .. lo seré yo solo! ¡Vaya, adiós, vida mía!

EMIL. ¿Ya te marchas?

FERN. Sí: me esperan unos amigos á tomar el vermouth y no quiero faltar. Tardo muy poco. Vengo, almorzamos juntos y ya no salgo hasta la tarde que pasearemos juntos.

EMIL. (Abrazándolo.) ¡Ay, Fernando de mi vida! ¡Qué bueno eres y cuánto te quiero!

FERN. Tonta: yo sí, yo sí que te quiero á tí. (Le besa la mano y hace mutis foro. Emilia lo acompaña hasta la puerta.)

ESCENA IX

EMILIA, sola

Dios mío; nada: no es posible ponerse seria con él. O lo toma á broma y tiene una que reirse, ó empieza con sus filosofías, entristece el ánimo, abate el espíritu, hace asomar las lágrimas á mis ojos y no puedo por menos de abrazarme á él, pidiéndole perdón por mis celos. (Pausa.) ¡Mis celos! Ay, virgencita mía... ¿por qué tendrá una celos? Porque el corazón se sale del pecho pensando que le van á quitar á una un pedacito de su cariño... y eso no: de ninguna manera. ¡Ya sé yo que él me quiere! ¡Él mismo me lo ha dicho! (Pausa.) ¡Él... mismo... me... lo ha dicho! Y, sin embargo... le gustan las demás mujeres y... (Pausa) No hay más remedio que darle una lección... pero, ¿cómo? ¿A quién recurro?

ESCENA X

DICHA y AUGUSTO, foro

AUG. Ya está servida la señora.

EMIL. ¿En qué? ¡No recuerdo!

AUG. ¿No me dijo la señorita que despidiera á la doncella?

EMIL. ¡Ah, sí! ¿Se fué? (Muy alegre.)

AUG. Sí, señora: ahora mismo.

EMIL. ¡Gracias á Dios!

AUG. Eso dije yo cuando la ví marchar. ¡Gracias á Dios! ¡Qué trabajo me ha costado! Qué insolente y qué descarada! La he tenido que echar á empujones. En fin, ¿qué dirá usted que me dijo al marcharse? Dile á esa señora que si se ha creído que su marido es pa ella sola, está equivocá. El día que hagamos el reparto social nos quedaremos los criados con los maridos de las cursilientas.

EMIL. ¡Qué estúpida! ¡Vaya bendita de Dios!

AUG. ¡Pero señor, qué cabeza tengo! Con la trifulca se me había olvidado dar á la señorita una buena noticia. ¿Quién dirá usté que vive aquí al lado? ¡La señorita Carmen!

EMIL. (Muy contenta.) ¿La señorita Carmen?

AUG. ¡La misma!

EMIL. ¡Pero si yo no he visto á nadie en el jardín! ¡Qué alegría!

AUG. Llegaron anoche en el rápido. Estaban en Niza veraneando. Pedro estaba en la puerta. Me abrazó y salió corriendo á decírselo á la señorita.

ESCENA XI

DICHOS y CARMEN, joven, bonita y elegantemente vestida, pero sencilla, sin sombrero. Su caracter, todo alegría y bondad. Aparece en el foro y hace señas á Augusto (si le ve) de que se calle. Sale sin verso

EMIL. ¡Carmen! Mi mejor amiga. Parece que la Providencia me lo envía. ¡Qué bueno es

Dios! (Carmen tapa con ambas manos los ojos de Emilia. Esta la coge y dice muy contenta.) ¡Carmen!

CAR. (A Augusto.) ¡Bobo! ¿Por qué se lo ha dicho usted? (1)

EMIL. ¡Carmen! ¡Mi amiga del alma! (Llorando.)

CAR. ¿Pero qué te pasa, chiquilla? ¿Tanto efecto te ha producido mi visita? (Se abrazan.)

AUG. Si las señoras no mandan otra cosa, me retiro con su permiso.

CAR. Sí, sí: retírese usted. (Mutis Augusto foro.)

EMIL. ¡El tiempo que hacía que no nos veíamos! (Va á abrazarla y se contiene.) Pero no: estoy muy ofendida contigo por no haber contestado á ninguna de mis cartas.

CAR. Tienes razón, pero en ese tiempo me han ocurrido tantas peripecias... ¡tantas! Murió papá, me casé y enviudé.

EMIL. Poco tiempo estuviste casada.

CAR. ¿Poco? ¡No lo creas, hija mía, no lo creas! ¡¡Cinco meses!! ¡Casi un siglo!

EMIL. ¿Y eso es mucho?

CAR. ¡Tú verás! Mi marido tenía setenta y dos años y estaba enfermo y achacoso.

EMIL. ¡Demonio! Entonces...

CAR. Fué orden de papá. Me casé y aumenté mi fortuna, porque mi esposo era inmensamente rico, eso sí. ¿Y tú?

EMIL. (Después de una pausa y con mucha pena.) ¡También casada... hace dos meses!

CAR. ¿Con otro carcamal?

EMIL. Veintiocho años, rico... ¡ay! (Suspira.) y muy guapo, digo, á mí me lo parece por lo menos.

CAR. Hija mía, ese es el colmo de la felicidad. ¿Y tu mamá?

EMIL. ¡Murió! (Con sentimiento.)

CAR. Bueno, no hay que afligirse. ¿Serás completamente feliz?

EMIL. No lo creas. Soy muy desgraciada. Mi marido tiene el defecto mayor que puede tener hombre alguno.

CAR. ¿Celoso?

---

(1) Augusto. Carmen. Emilia.

EMIL. ¡Peor! ¡Enamorado! Pero enamorado furibundo. No repara en nada. Y lo más cruel es que le da por enamorar á las criadas de casa. ¡Ya ves tú! ¡En dos meses llevo nueve! ¡Esto es horrible!

CAR. ¡Y de muy mal gusto! ¿Por supuesto, que tú tendrás pruebas?

EMIL. Sospechas. Lo único que pudiéramos llamar pruebas es una carta de una criada que él despidió, y en la cual me da algunos detalles.

CAR. Eso puede ser falso. Una criada á quien despide su señorito, puede vengarse. ¿La tienes ahí?

EMIL. Sí.

CAR. ¡Leéla!

EMIL. Escucha. (**Lee la carta con las mismas faltas de ortografía que se indica.**) «*Se... norita. Mu senorita miá* y de mi *mallol sastifacion* y estima y *llo* me alegraré que al *recivo* de esta se encuentre usted con la cabal...»

CAR. ¡Ja, ja! ¡Ay, hija, qué modo de escribir!

EMIL. «Se encuentre usted con la cabal *salú* que yo para mí deseo, y la presente tiene por *ojebto* decirle á usted que bien sospechaba usted de que su esposo era un adúltero, pues ya sabe usted que él me despidió porque yo soy buena y hon... nada.»

CAR. ¿El qué?

EMIL. ¡Honrada! La palabra es difícil. «Y honrada, y por eso no permití que el señorito la faltara á usted, porque sabrá usted de que yo estoy sirviendo en casa de los señores de Timpanillo, que también están recien casaos, y sepa usted que su marido, ó sea el señorito Fernando, estaba el domingo en un merendero de las Ventas con Antonia, la criada que tiene usted ahora.» ¿Qué te parece?

CAR ¡Sigue, sigue!

EMIL. «La criada que tiene usted ahora, y yo no miento, porque soy muy decente y no me lo podrán negar, porque yo estaba en el merendero de al lado merendando con mi se-

ñorito y los vi. Y no cansando más, ya sabe usted que puede mandar á ésta su sirvienta y amiga que lo es, *Tiburcia.*» (Pausa. Carmen se ríe.)

CAR. ¡Ja, ja, ja! Hija mía: esa carta la coge uno de esos señores que escriben comedias para el teatro y saca de ella un partido extraordinario. Ella es muy decente y muy honrada, pero también estaba merendando con su señorito. ¿Lo ves tú? Venganzas y nada más que venganzas. Lo que hace falta es una prueba plena de su delito para obligarle á que caiga á tus pies avergonzado pidiéndote perdón. ¡No hay más remedio!

EMIL. Pero comprende tú que yo no voy á traer á mi casa una criada y voy á esperar á cogerlos *infraganti* delito. ¿Digo, me parece?

CAR. Claro que no, pero se me ocurre una cosa que puede servir para avergonzarle.

EMIL. ¿Cuál?

CAR. Como él no me conoce, me pongo un delantal de tu doncella, y cuando venga me presentas á él como tal y nos dejas solos. Yo creo que si es cierto lo que dices él se atreverá.

EMIL. ¡Se atreve, se atreve!

CAR Tú te ocultas detrás de la cortina, y cuando llegue el momento... *crítico.* sales en seguida; pero... no dejes pasar el momento crítico, ¿eh?

EMIL. ¡Calcula tú!

CAR ¡Está bien! Dame el delantal.

EMIL. En seguida. (Toca el timbre.) ¡Qué buen humor tienes!

CAR. Ya sabes lo mucho que me gustan estas aventuras.

ESCENA XII

DICHOS y ANGUSTO por el foro

AUG. ¡Señorita!

EMIL. Tráigame usted un delantal blanco.

AUG. En seguida, señorita. (Mutis foro.)

CAR ¿Crees tú que yo no me he puesto nunca un delantal? Pues sí, señora, y que me sienta muy bien. ¿De dónde es tu marido?

EMIL. ¡Gaditano!

CAR. ¡Malo, malo, malo! El gaditano fino es incorregible, pero ya le amansaremos.

AUG. (Saliendo con el delantal.) Ya está servida la señora.

EMIL. Traiga usted, y póngase en acecho y en cuanto vea usted venir al señorito me avisa en seguida, y chitito que es una broma que la vamos á dar.

AUG. Está bien, señorita. (Vase foro derecha.)

EMIL. Ven que te lo ponga. ¿Ves qué mona estás?

CAR Hija, no tengo la pretensión de ser una belleza, pero tampoco soy feílla, ¿verdad? (Se mira al espejo.)

EMIL. ¡Qué alegre eres! Lo malo es si comprende que no eres la criada y se descubre todo.

CAR Aunque no soy ninguna artista, procuraré hacer la comedia lo mejor posible.

ESCENA XIII

DICHOS, AUGUSTO y á poco FERNANDO por foro derecha

AUG. El señorito ha entrado en el jardín, señorita.

CAR ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Cómo saldré yo de este lío!

EMIL. Bueno; retírese usted. (Mutis Augusto por el foro.)

CAR. ¡Dios quiera que yo no me ría!

EMIL. ¡Ya está ahí! (Disimulemos.)

(Sale Fernando y queda un momento en la puerta fijando su mirada en Carmen, que le parece encantadora. Baja á la derecha del proscenio, sin quitarle ojo y haciendo ademanes de entusiasmo hasta el momento que Emilia le dirige la palabra, que se mostrará indiferente.)

CAR (Ya verás.) (1)

(1) Fernando—Emilia—Carmen.

EMIL. (A Carmen con fingida gravedad.) ¡Conque ya lo sabe usted! ¡No tengo que decirle más! Espero que su conducta sea correcta, porque de ese modo tendrá usted casa para mucho tiempo. ¿Ha oído usted?

CAR (Sin darse cuenta.) ¡Descuida!

EMIL. (Chica, ¿qué dices?)

CAR. Descuida .. da puede estar la señorita.

FERN. (¡Valiente mujer!) ¿He tardado?

EMIL. Para mí siempre es larga tu ausencia. (Muy amable.)

FERN. ¡Vida mía! (Abrazándola.)

CAR (Vamos; con esto no contaba yo.)

EMIL. (No seas imprudente, hombre.) La nueva doncella.

FERN. (La mira con marcada indiferencia.) ¡Ah!

CAR ¡Señor!... (¡Ay, qué vergüenza!)

EMIL. (A Fernando.) (¿Qué... qué te parece?)

FERN. (Demasiado vulgar.)

EMIL. ¿Demasiado vulgar, eh? (Para sí.) (¡Habrá pillo!)

AUG. (Saliendo por la segunda izquierda.) Cuando los señores gusten, están servidos.

FERN. ¿Qué?

AUG. ¡El almuerzo!

FERN. ¡Ah! No siento apetito.

EMIL. ¡Yo sí! Voy ahora mismo. (Mutis Augusto segunda izquierda.)

FERN. ¿Almuerzas sin mí?

EMIL. Como tú... no sientes apetito...

FERN. ¡Bien, bien! Yo iré enseguida.

EMIL. (A Carmen.) ¡Y usted, retírese á sus quehaceres... y.. ya sabe usted!

CAR. ¡Está bien, señorita!

EMIL. (¡Estaré alerta!) (A Fernando.) ¡Adiós! ¡No tardes! (¡Ay, Dios mío, qué miedo tengo!) (Mutis izquierda.)

ESCENA XV

FERNANDO, CARMEN y EMILIA, escondida en la primera izquierda tras la coriina

FER. (¡Vaya una mujer!) (Pausa larga. Se sienta en una silla, la más próxima á la primera puerta derecha cruzando una pierna sobre otra, mirando al público, atusándose el bigote, como preparándose á la conquista. Emilia saca un momento la cabeza por entre las cortinas, y á un movimiento de Fernando se oculta rápidamente. Carmen se muestra impaciente y nerviosa.)

CAR. Sí... si el señor... no manda alguna cosa... (Sube al foro.)

FER. (Mirándola con atención.) No. Retírese.

CAR. (¿Y por dónde me voy, si yo no conozco la casa?)

FER. O si no, espérate. ¡Ven aquí!

CAR. ¿Eh? (Al ver que la tutea y con cierta dignidad.)

FER. ¡Tú permitirás que te tutee!

CAR. (Ofendida.) ¡Caballero! Digo... señorito. (Comprendiendo su error.) Como usted quiera. Al fin y al cabo... (Con relativa coqueteria.) tendrá que ser. (Pausa larga.)

(Fernando, que continúa sentado, hace señas á Carmen para que se acerque. Carmen baja los ojos con rubor. Fernando insiste. Carmen se acerca muy despacio y Fernando se alegra y contonea en la silla, como diciendo: «Ya es mía.» Emilia asoma por entre las cortinas, procurando ser vista del público únicamente. Cuanto más se detalle esta escena infinitamente mejor.)

FER. (Muy bajito y con mucha malicia.) ¿Sí?... ¿Tú estás segura... que tendrá que ser?

EMIL. (Al paño.) (¡Qué bajito hablan!)

CAR. (¡No se descuida el marido de mi amiguita, no!)

FER. (Después de mirarla sugestivamente.) ¡Ay! ¿De dónde eres? (Muy bajito.)

CAR. (Idem.) ¡De... de Sevilla!

FER. (Idem.) ¡¡Ay... Sevilla de mi alma!!

CAR. (Idem.) ¡¡Tierra donde yo nací!! ¡Ja, ja! ¡Eso es una copla!

FER. Sí, eso es una copla... y tú... (Levantándose y comiéndosela con la vista.) tú...

CAR. (¡Ay, Dios mío, qué mirada!)

EMIL. (¡Pero que no oigo una palabra!)

FER. Tú... la flor más bonita de aquel vergel andaluz.

CAR. (Muy nerviosa.) Señori... ri... señorito, yo... la... la... la... (¡Ay, se me seca la lengua y no puedo pronunciar una palabra. Yo no sabía lo que era esto.)

EMIL. (¡Que no oigo nada y me parece que voy á salir antes de que llegue el momento crítico!)

FER. (Pausa.) ¡Ay! (Avanza hacia Carmen muy despacio. Ésta, á su vez, va retrocediendo hasta llegar á la primera puerta izquierda y queda casi en contacto con Emilia; siguen hablando muy bajito.) ¡Yo no sé lo que he sentido al verte que me marea!

EMIL. (Fingiendo la voz.) ¡Más alto!

CAR. (Rápido.) ¡Ay! (Imprudente.) (A Emilia.)

FER. (Mosqueado.) ¿Qué dices?

CAR. (Muy nerviosa y disimulando.) Que... la verdad... señorito... habla usted tan bajo... Y luego, como no tengo costumbre de oir ciertas cosas... y mucho menos tan pronto.

FER. El amor es como la electricidad. El más ligero contacto produce la chispa.

CAR. Pero como aquí no ha habido contacto...

FER. ¡El de tu mirada con la mía! Se encontraron nuestros ojos y eso fué lo bastante para que en nuestros corazones se encendise la llama del amor.

EMIL. (¡Qué cosas le dicen á las criadas!)

FER. ¿Verdad que tú también sientes algo extraordinario?

CAR. ¡Ya lo creo que siento!

FER. ¿Lo ves? ¿Qué sientes? ¡Dímelo!

CAR. Pues siento... (Haberme metido en este berengenal.)

FER. ¡Ay!... (Intenta cogerle la mano.)

CAR. (Rechazándolo.) Cuidadito, ¿eh? ¡Eso sí que no! (Indignada.)

EMIL. (Creo que ya se acerca el momento crítico.)

FER. (Intenta abrazarla.) Es preciso que tú me quieras.

CAR. Estése usted quieto... (¡Uy, qué malo se pone esto!)

FER. ¡Morucha de mi sangre!

EMIL. (¡Uy! ¡Morucha! A mí no me ha dicho eso nunca!)

CAR. (¡Ay, qué vergüenza!)

FER. Dime que me quieres y me verás volver loco de alegria, negra de mi alma!

EMIL. (¡La llama negra! ¡Qué poca vergüenza!)

CAR. (Disimuladamente á Emilia.) (¿Qué hago?)

EMIL. (Idem á Carmen.) (Dale esperanzas.)

CAR. Sí... si sus palabras son sinceras... y su cariño es... verdadero... cuando se quede usted viudo... hablaremos.

EMIL. (¡Caracoles!)

FER. (Como la cosa más natural.) ¡Ah, pues si no es más que eso... en seguida!

EMIL. (Asustada.) (¡Dios mío! ¿Si me querrá matar?)

FER. ¿Y antes... no?

EMIL. (Rápido á Carmen.) (¿Salgo?)

CAR. (Idem íd. á Emilia.) ¡No!

EMIL. (¿No?)

FER. ¿Qué dices? ¿Que no?

EMIL. (¡Dile que sí!)

CAR. (¿Que le diga que sí?)

EMIL. (¡Sí!)

CAR. ¡Tenía usted que jurarme muchas veces su amor!

FER. ¡Te lo juro!

EMIL. (¡Ah, tunante! Ahora no mueve el pie.)

CAR. (¿Qué le digo?)

EMIL. (¡Que se arrodille!)

CAR. Y ponerse de rodillas ante mí.

FERN. ¡Y en señal de juramento besarte la mano!

CAR. Eso de besar...

EMIL. (¡Dile que sí!)

CAR. (Pero..)

FERN. ¡Habla!

EMIL. (¡Dile que sí!)

CAR. Pues... sí.

FERN. ¡Oh, placer!

EMIL. (¡Dile que con una condición!)

CAR. ¡Pero... con una condición!

FERN. ¿Cuál?

CAR. (A Emilia.) (¿Cuál?)

EMIL. (¿Cuál? Que al darte el beso no te mire á la cara.)

CAR. ¡Que no me mire usted á la cara al darme el beso!

FERN. ¡Cerraré los ojos!

CAR. ¡Convenido! (¡Ay, gracias á Dios que ya llegó el momento crítico!)

FERN. ¡Ya estoy de rodillas! Venga esa mano.

CAR. Cierre usted los ojos. (Fernando obedece.) ¡Así! (Carmen coge á Emilia y coloca la mano de esta entre las de Fernando que la besa apasionadísimo. Carmen pasa á la derecha de puntillas y aguanta la risa.)

FERN. (Besando.) ¡Vida mía! ¡Encanto mío! (1)

EMIL. ¡Está muy bien, caballerito!

FERN. ¿Eh? (Fernando abre los ojos y al ver á Emilia queda estupefacto sin saber lo que le ocurre. Emilia mirándolo imperiosa. Carmen riendo extraordinariamente.)

CAR. ¡Ja, ja, ja!

EMIL. ¿Qué hay, *morucho?*

FERN. ¿Pero qué es esto?

EMIL. (Muy ofendida.) Esto es cogerlo á usted *infraganti* delito, para que no pueda usted negar más su falsía. (Fernando se levanta.)

FERN. ¡Está bien! Ni puedo negarlo, ni puedo tener por más tiempo en mi casa, á una mujer que desde el primer día se presta á burlarse de mí. (Por Carmen.) ¡Que la paguen á usted y á la calle en seguida!

CAR. ¿A mí? ¿A la calle? ¡Ja, ja, ja! (Se sienta en la butaca.) ¡Ya estoy en la calle!

FERN. ¿Pero qué es esto?

CAR. (Levantándose de pronto y yendo á Fernando como una fiera, pero en cómico.) Usted es el que debe sufrir un escarmiento por hacerle traición á su mujer á los dos meses de casado.

FERN. ¿Yo? (No, en eso tiene razón. He debido aguardar siquiera al año.) ¿Pero usted quién es?

---

(1) Carmen—Fernando—Emilia.

EMIL. Mi amiga Carmen, á quien conoces por referencia. Ella inventó esta farsa para avergonzarte, (Llorando.) y una vez comprobado tu delito, no tengo más remedio que separarme de tí, por doloroso que sea para mí tal resolución.

FERN. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Separarnos? Eso sí que no. Vayan al diablo todas las criadas del mundo. ¡Mi mujer, mi mujer y nada más que mi mujercita de mi alma! Con permiso de usted. (Abraza á Emilia.)

CAR. ¡Yo me vuelvo de espaldas!

EMIL. ¡No quiero! ¡Déjame! ¡Embustero!

CAR. ¡Vamos, perdónale, que ya no lo hará más!

FERN. ¡¡Se acabaron las criadas!! (Pequeña pausa.) ¡¡Pero que se acabaron las criadas!! (¡Me dedicaré á las modistas!)

EMIL. ¡Llamarlas moruchas! ¡Llamarlas negras!

FERN. Eso es por burlarme. ¡No ves tú que como andan con el carbón!...

CAR. (¡Qué pillo!)

EMIL. Lo mismo que estar ayer merendando en las Ventas con Antonia... ¡Con esa descocada! ¿No le da á usted vergüenza?

FERN. ¡Falso, falso! ¡Completamente falso!

EMIL. ¡Tengo pruebas! ¡Me han escrito una carta!

FERN. ¡La Tiburcia ha sido, porque estaba allí! (¡Anda!)

EMIL. ¿Lo ves? ¡Tú mismo te delatas! No te perdono. ¡No!

CAR. ¡Pero le perdono yo, porque leo en sus ojos el arrepentimiento! (Le advierto á usted que en sus ojos no leo nada.)

EMIL. ¿Secretitos?

CAR. Ya te lo diré. Además, yo creo que con la lección quedará usted escarmentado, ¿eh?

FERN. ¡Completamente!

CAR. Hija mía, en mi vida he pasado un rato más amargo.

FERN. (¡Qué requetebonita es! ¡Lástima que sean tan amigas!) ¿Me perdonas?

EMIL. ¡No!

CAR. ¡Sí! Póngase usted de rodillas y coja usted esa mano. (Fernando obedece.)

FERN. ¡Perdón!

EMIL. ¡Te perdono! (Fernando besa la mano de Emilia y se levanta.) Pero no vuelvas nunca más á mortificarme de esa manera. Piensa que si en mi corazón no hay más que cariño para tí, puede llegar un día en que la dignidad, el decoro y el amor propio, se sobreponga á todo cariño. Por la santa memoria de mi madre, te juro que si reincidieras nos separaríamos para siempre.

FERN. (Muy serio, con la mano sobre el pecho, pero moviendo el pie en señal negativa, procurando que lo vea bien el público.) ¡Por la santa memoria de la mía, te juro yo no volver á hacerlo más!

EMIL. (Sorprendiendo el movimiento.) ¡Embustero! ¡Si estás moviendo el pie!

FERN. (¡Demonio!) ¡Habrá sido casual!

CAR. ¡Qué malo es...!

EMIL. Bueno, pues casual ó no, ten mucho cuidado. Ya lo sabes. Este es EL PRIMER AVISO.

TELON

OBRAS DE VENTURA DE LA VEGA

Zarzuelas en un acto:

El licenciado de Villamelón (1). Música del maestro Rando
Los modelos (2). Idem del maestro Sigler.
Jai-Alai (3). Idem del maestro Alvira.
La cuadrilla del cojo. Idem del maestro Sigler.
Cambios naturales Idem de los maestros Rubio y Lleó.
Toñuela la Golfa. Idem del maestro Rubio.
Don Tancredo (2). Idem del maestro Liñán.
La chiquilla. Idem de los maestros Rubio y Maslloret.
El curita Idem del maestro Vives.
La huertanica. Idem del maestro Puchades.
La rondeña. Idem del maestro Fuentes.
Inocencia. Idem de los maestros Liñán y Puchades.
El crimen de Chamberí. Idem del maestro Calleja.
La Giralda. Idem del maestro Calleja.
¡Mala semilla! (4). Idem del maestro Porras.
Vida por honra. Idem de los maestros Quislant y Santa María.
La bella molinete. Idem del maestro Calleja.
La presidiaria. Idem del maestro Padilla.
Mala hembra. Idem del maestro Padilla.

Entremeses líricos:

Carranque. Música del maestro Cereceda.
Las buenas mozas del barrio ó chulos del Lavapies. Idem del maestro Cereceda.
¡El pobre cordero...! Idem del maestro Cereceda.

Comedias en un acto:

Los de Badajoz.
La hija de mi papá.
El primer aviso.
¡Pícaros Reyes...! (Entremés).

---

(1) En colaboración con E. Ruiz Valle.
(2) Idem íd. con J. Arqués.
(3) Idem íd. con J. de la Cuesta.
(4) Idem íd. con M. L. Cumbreras.

Precio: UNA peseta